

## CAPITULO XII.

Napoleon se habia detenido los dias 3 y 4 en Slawkowo. Este reposo y el oprobio de una aparente huida, inflamaron su imaginacion: le oyeron dictar varias órdenes, con arreglo á las cuales aparentando su retaguardia, retroceder desordenadamente, debia atraer los Rusos á una emboscada en que él mismo los esperaria, pero este vano proyecto se desvaneció con la preocupacion que le habia engendrado. Habia hecho noche en Dorogobouje el 5. Halló allí los molinos manuales encargados para la expedicion, de que se hizo una tardía y bien inutil distribucion, y se proyectaron entonces los acantonamientos de Smolensko.

En el siguiente dia 6 de noviembre, á la altura de Mikalewska, y al tiempo

mismo que aquellas nubes cargadas de nieve reventaban sobre nuestras cabezas, vimos parecer al conde Darú, y formarse un círculo de centinelas de caballería alrededor de él y de Napoleon.

Una estafeta, la primera que desde diez dias habia podido penetrar hasta nosotros, acababa de traer la noticia de aquella extraña conspiracion urdida por un oscuro general en Paris mismo, y en lo interior de un calabozo: no habia tenido mas cómplices, que la noticia falsa de nuestra destruccion y algunas supuestas órdenes dadas á varias tropas para prender al ministro y prefecto de Policía, y al comandante de Paris. El impulso de un primer movimiento, la ignorancia y el asombro general, habian proporcionado un buen acierto; pero por lo mismo, desde el primer rumor que se habia propalado, bastó una orden para volver á encarcelar al gefe con sus cómplices ó sugetos.

El emperador supo á un mismo tiempo

el crimen y el suplicio. Los que de lejos trataban de leer en sus facciones lo que debian pensar, no vieron nada en ellas. Napoleon recogió interiormente su ánimo, y las primeras y únicas palabras que dijo á Darú, fueron: «¡Y bien, si nos hubieramos quedado en Moscou!» Dijo, y entró inmediatamente en una casa empalizada que habia servido de puesto de correspondencia.

En cuanto se vió solo con sus mas adictos oficiales, se manifestaron todas sus conmociones á un mismo tiempo con exclamaciones de asombro, de humillacion y de cólera. A pocos momentos despues mandó llamar á otros muchos militares para observar la impresion que en ellos produciria tan extraña noticia. Vió un inquieto dolor, alguna consternacion, y la confianza en la estabilidad de su gobierno aunque conmovido. Pudo saber que se abocaban unos con otros, condo-liéndose y repitiendo, «que de este modo no estaba aun terminada la grande revo-

lucion de 1789, que se habia creido concluida. ¿Era pues, necesario volverse á meter en ella, abrazar de nuevo la terrible carrera de los trastornos políticos despues de haber envegecido en los esfuerzos hechos para salir de ella? Así la guerra nos alcanzaba en todas partes, y podiamos perderlo todo á un mismo tiempo.»

Se alegraron algunos de esta noticia con la esperanza de que aceleraria el regreso del emperador á Francia y le fijaria allí, y que no iria á aventurarse en el exterior, no estando seguro de su imperio. Las penas del momento dieron treguas á las congeturas en el siguiente dia. En cuanto á Napoleon, le precedian todavía todos sus pensamientos en Paris, y se adelantaba maquinalmente hácia Smolensko, cuando él mismo volvió á pensar enteramente en el lugar y presentes circunstancias con la llegada de un edecan de Ney.

Este mariscal habia comenzado á sostener desde Viazma aquella retirada mor-

tal para otros infinitos, é inmortal para él. No le habian inquietado hasta Dorogobouje sino algunas partidas de Cosacos, importunos insectos, atraidos por nuestros moribundos y cairuages abandonados, huyendo en cuantas partes se les resistia, pero fatigando con su continuo regreso.

No era este el objeto del mensaje de Ney. Al llegar el mariscal á Dorogobouje, habia encontrado los vestigios del desorden á que se habían abandonado los cuerpos que le precedian, y no le fue posible borrarlos. Se habia resignado hasta entonces á dejar algunos bagages al enemigo, pero se corrió de vergüenza á la vista de los primeros cañones abandonados delante de Dorogobouje.

Ney se habia detenido allí, en donde despues de una horrible noche, en la cual la nieve, el viento y el hambre, habian arrojado de las lumbres á los mas de los soldados, la aurora que se

espera siempre tan impacientemente en el bivaque le habia traído la tempestad, el enemigo y el espectáculo de una casi general disercion. Acababa de pelear, en balde, él mismo al frente de los restantes oficiales y soldados que le quedaban, y se veia precisado á retroceder atropelladamente hasta la espalda del Dnieper, desde la cual mandaba dar aviso al emperador.

Quería Ney que Napoleon lo supiese todo. Su edecan, el coronel Dalbignac, debia decirle, « que desde Malo-Yaroslavetz, el primer movimiento de retirada para unos soldados que nunca habian vuelto la cara, habia acobardado al ejército; que la batalla de Viazma habia dejado inmutado al soldado; que ultimamente, aquel diluvio de nieve y el incremento de frio que pronosticaba, completaba la desorganizacion.

« Que habiéndolo perdido todo, una infinidad de oficiales, diversos pelotones, batallones, regimientos y hasta divisio-

nes, se agregaban á las masas errantes; se veian cuadrillas de generales, coroneles y oficiales de todos los grados, mezclados con soldados y marchando á la aventura, unas veces con una columna y otras con otra; que no pudiendo existir el orden en presencia del desorden, este ejemplo arrastraba hasta aquellos veteranos de los regimientos que habian servido durante toda la guerra de la revolucion.

»Que en las filas se veia que los mejores soldados preguntaban porque les tocaba á ellos solos pelear para asegurar la huida de los demas; y como se creia alentarlos cuando oian los gritos de desesperacion que salian de los inmediatos montes, en donde los grandes convoyes de sus heridos inutilmente arrastrados desde Moscou, acababan de ser abandonados. Aquella era la suerte que les estaba esperando; ¿qué tenian pues, que ganar alrededor de las banderas? De dia, eran trabajos y continuas refriegas; de noche,

el hambre sin albergue; si algunos bivaces todavía mas mortíferos que las batallas, el hambre y frio desterraban de ellos el sueño; si el cansancio triunfaba por un momento, el reposo que debia reparar acababa. Ultimamente, el águila no protegía sino que mataba.

«¿A qué fin, pues, obstinarse alrededor de ella para sucumbir por batallones ó por cuerpos? Mas valia dispersarse, y supuesto que no habia ya mas recurso que la huida, apostarla en celeridad, en cuyo caso no caerian los mejores y no devorarian los cobardes, ya á sus espaldas, los restos pel camino real.» Finalmente, el edecan debia descubrir al emperador todo el horror de la situacion. Ney desechaba la responsabilidad.

Pero Napoleon veia lo bastante al rededor suyo para juzgar de lo demas. Los fugitivos se le adelantaban, y conocia que no le quedaba ya otro recurso que sacrificar sucesivamente el egército parte por parte, comenzando por las extremi-

dades para salvar su frente. Cuando el edecan quiso pues comenzar , le interrumpió de pronto el emperador, con estas palabras : « ¡Coronel, no le pregunto á Vmd. esas particularidades! » Calló el edecan , comprendiendo que en aquel desastre irremediable en adelante, y en el que cada uno necesitaba de todas sus fuerzas, temia el emperador unas quejas que no podian menos de desanimar al que se dejaba llevar de ellas y al que las escuchaba.

Notó el edecan la actitud de Napoleon, la misma que conservó en todo el curso de aquella retirada ; era grave, taciturna y resignada, sufriendo menos penas corporales que los otros , pero muchas mas espirituales , y resignándose á su desgracia.

Le enviaba el general Charpentier en aquel instante desde Smolensko , un convoy de víveres : Bessieres quiso hacerse dueño de ellos , pero el emperador ordenó pasarlos inmediatamente al príncipe

de la Moskwa , diciendo : « Los que pelean deben comer antes que los otros. » Al mismo tiempo mandó recomendará Ney , « que se defendiese lo suficiente para proporcionarle alguna detencion en Smolensko , en donde el egército comeria , descansaria y recibiria una nueva organizacion. »

Pero si esta esperanza retuvo á los unos en el desempeño, de sus obligaciones , otros muchos todo lo abandonaron para ir volando hácia aquel término prometido á las penas. En cuanto á Ney , no se le ocultó que era necesaria una víctima, y él estaba ya designado ; se sacrificó aceptando por entero un sacrificio tan grande como su valor. Desde entonces no fundó ya su gloria en bagages, y ni aun en cañones, que solo el invierno le arranca. Un primer recodo del Boristenes , pasó y retuvo una parte de ellos al pie de sus márgenes de hielo ; sacrificalos Ney sin vacilar, vence aquel obstáculo , se vuelve, y obliga al rio ene-

migo que atravesaba la calzada, á servirle de defensa.

No obstante, se adelantaban los Rusos cubiertos con los bosques, y con nuestros carruages abandonados; desde allí tiroteaban contra los soldados de Ney: la mitad de estos, cuyas heladas armas arredran las manos arrecidas, se desanima, suelta las armas, autorizándose con su debilidad de la vispera; y huyendo por que habian huido, lo que los soldados hubieran mirado como imposible antes; pero Ney se arroja en medio de ellos, tómale á uno su arma, y los vuelve á conducir al fuego que él mismo renueva, exponiendo su vida como soldado con el fusil en la mano, como cuando no era marido, padre, rico, poderoso ni considerado; finalmente, como si todavía hubiera que ganarlo todo, cuando tenia que perderlo todo. Al mismo tiempo que se volvió soldado, permaneció general, se aprovechó del terreno; se apoyó en una altura, y se cubrió con una casa

empalizada. Sus generales y coroneles, entre los cuales el mismo distinguió á Fezenzac, le auxiliaron vigorosamente; y el enemigo que contaba perseguir, retrocedió vencido.

Dió Ney con esta accion veinte y cuatro horas de descanso al egército, que se aprovechó de este término para escurrirse hácia Smolensko. En el siguiente dia y cuantos le sucedieron, se verificó el mismo heroismo. El mariscal peleó diez dias enteros desde Viazma á Smolensko.

## CAPITULO XIII.

En el día 13 de noviembre estaba el mariscal ya muy inmediato á aquella ciudad, en la cual no debía entrar hasta la mañana siguiente, haciendo cara á los enemigos para contenerlos, cuando las alturas en que queria apoyarse su izquierda, se cubrieron repentinamente de una multitud de fugitivos. Despavoridos aquellos desdichados, se despeñaban y rodaban hasta caer sobre la nieve helada que tenían con su sangre. Una partida de Cosacos que se vió en medio de ellos bien pronto, dió á conocer la causa de aquel desorden.

Asombrado el mariscal, y mandando disipar aquel enjambre de enemigos, vió tras ellos el egército de Italia que volvía

sin bagages ni cañones, y enteramente despojado.

Le habia tenido como sitiado Platof desde Dorogobouje. El principe Eugenio habia dejado el camino real desde aquella ciudad y vuelto á tomar para dirigirse hácia Viteps, el que le habia traído de Smolensko dos meses antes, pero el Wop que atravesó, entonces no era mas que un arroyo, y apenas se habian separado de él, cuando le vieron tan caudaloso como río. Corria sobre una madre de oieno que estrecha dos escarpadas márgenes, fue necesario cortar sus atiesados y helados ribazos, y dar orden para demoler durante la noche, las casas inmediatas para construir un puente; pero los que se habian albergado en ellas, se opusieron á esto: el virey, mas estimado que temido, no fue obedecido; se desanimaron los arquitectos, y cuando el dia volvió aparecer, se vieron con los Cosacos, el puente roto por dos veces y abandonado.

Cinco á seis mil soldados todavía en orden; el doble de hombres desmandados, de enfermos y heridos; mas de cien cañones, sus carros y una infinidad de equipages, circundaban aquel obstáculo: cubrían una legua de terreno: se tentó un vado por medio de los témpanos de hielo que la corriente arrastraba. Los primeros cañones que se presentaron, llegaron á la opuesta orilla, pero subía el agua de momento en momento, al mismo tiempo que el vado se ahondaba con las ruedas y esfuerzos de los caballos. Se atascó un carro, se le agregaron otros y todo se vió detenido.

El día sin embargo se iba adelantando; se extenuaban con esfuerzos inútiles; el hambre, el frío y los Cosacos, eran egecutivos; y el virey últimamente, se vió precisado á abandonar toda su artillería y bagages: fué entonces un espectáculo de suma aflicción. Los poseedores de aquellos bienes, apenas tuvieron lugar para separarse de ellos; mientras que

escogían los efectos mas indispensables, cargándolos en los caballos, acude una turba de soldados, los cuales se arrojan mas principalmente sobre los carruages de lujo; lo rompen y echan todo abajo, vengándose de sus miserias en aquellas riquezas, de sus privaciones en aquellos goces, y quitándolos á los Cosacos que los estaban codiciando desde lejos.

Los mas de ellos tenían puestas sus miras en los víveres. Por algunos puñados de harina apartaban y desechaban los vestidos bordados, pinturas y adornos de toda clase. Fue por la tarde un singular aspecto el de aquellas riquezas de Paris y Moscow, de aquel lujo de las dos mayores ciudades del orbe, que yacían esparcidos y despreciados sobre una nieve salvage y desierta.

Desesperados al mismo tiempo los mas de los artilleros, enclavan sus piezas y desparraman su pólvora. Otros forman con ella una rastra, que llevan hasta debajo de algunos carros parados á lo léjos detras de nuestros bagages. Esperan que



hayan acudido los mas avariciosos Cosacos, y luego que los ven en ercido número y enteramente cebados en el saqueo, echan las ascuas de un bivaque en aquella pólvora. Vuela el fuego y llega en el momento al objeto de su furia, saltan los arcones, revientanse las bombas, y los Cosacos que no son destruidos, se dispersan atemorizados.

Algunos centenares de hombres á que todavía se daba el nombre de 14.<sup>a</sup> division tuvieron orden para hacer resistencia contra aquellas hordas y fueron suficientes para contenerlas fuera de tiro hasta el siguiente dia. Acosados de la artillería enemiga todos los demas soldados, empleados, mugeres y niños, enfermos y heridos, se amontonaban á la orilla del torrente. Pero á la vista de la crecida de sus aguas, de sus macizos y cortantes témpanos, y de la necesidad de aumentar, zambulléndose en su helada corriente, el martirio de un frio intolerable, ya todos vacilaron.

Fué necesario, que un Italiano el coronel Delfanti, se arrojase el primero. Se movieron los soldados entonces, y la multitud siguió. Se quedaron los mas débiles, los menos determinados ó los mas avaros. Los que no supieron decidirse á abandonar su botin y desprenderse de la fortuna que los dejaba, fueron sorprendidos en su irresolucion. Vióse en el siguiente dia que algunos salvages Cosacos, en medio de tantas riquezas, estaban ansiosos todavía de los súcios y desgarrados vestidos de aquellos infelices, recientes prisioneros suyos, y despojándoles y formando de ellos rebaños, los hacian marchar desnudos sobre la nieve apaleándeles con el asta de sus lanzas.

Desmantelado así el ejército de Italia, enteramente empapado con las aguas del Wop, sin víveres ni abrigo, pasó la noche sobre la nieve cerca de una aldea en que sus generales intentaron en balde alojarse, pues sus soldados cercaban aquellas casas de madera. Aquellos infelices se arrojaban

á tropel como desesperados sobre cualquier habitacion, aprovechándose de la obscuridad que les impedia reconocer á sus gefes, y ser reconocidos de ellos. Lo arrancaban todo, puertas, ventanas y hasta el maderage de los techos; poco movidos de reducir á otros, cualesquiera que fuesen, á dormir al raso como ellos mismos.

En balde los repelian sus generales, pues se dejaban sacudir sin quejarse ni indignarse, pero sin detenerse, aun los mismos soldados de la guardia real é imperial: todas las noches estas mismas escenas se repetian en el ejército. Los desdichados permanecian silenciosa y activamente encarnizados contra paredes de madera que destrozaban por todas partes á un tiempo, y sus gefes despues de vanos esfuerzos, se veian obligados á abandonarlas temiendo que se hundiesen sobre ellos mismos. Era una singular mezcla de perseverancia en su designio y de respeto á la ira de sus generales.

Despues de bien encendidos los fuegos, pasaron la noche secándose al ruido de los gritos, imprecaciones y gemidos de los que acababan de pasar el torrente ó que desde lo alto de sus ribazos rodaban y se perdian entre sus témpanos.

Es un hecho vergonzoso para el enemigo, que en medio de aquel desastre y á la vista de tan opulento botin, algunos centenares de hombres dejados á una media legua del virey y en la otra orilla del Wop, hayan reprimido durante veinte horas, no solamente el valor, sino tambien la codicia de los Cosacos de Platof.

Quizás creyó el *Hetman* haber asegurado para el siguiente dia la ruina del virey. En efecto, fueron tan bien tomadas todas sus disposiciones que al tiempo que el ejército de Italia, despues de una marcha inquieta y desordenada, descubrió Doukhowtchina, ciudad todavía intacta, y se apresuraba con regocijo á ir á albergarse en ella, vió que salian de su centro muchos millares de Cosacos con cañones que le

detuvieron repentinamente. Platof al mismo tiempo, con todas sus hordas acudió, y atacó su retaguardia y ambos flancos.

Muchos testigos dicen, que hubo entonces un alboroto, un desorden completo; que los hombres desmandados, mugeres y criados se precipitaron unos sobre otros y enteramente por medio de las filas, que ultimamente hubo un momento en que aquel desgraciado ejército no fue ya mas que una informe turba, una vil barahúnda que se arremolinaba sobre sí misma. Túvose todo por perdido : pero la serenidad del príncipe, y los esfuerzos de los gefes lo salvaron todo. Los soldados selectos se desembarazaron y volvieron á formarse las filas. Se avanzó descargando algunos fusilazos, y el enemigo que lo tenia todo á su favor menos el valor único, bien que nos quedaba, se abrió y echó á un lado, ciñéndose á una vana demostracion.

Ocupóse su lugar todavía caliente en aquella ciudad, abandonándola el enemigo que marchó á acamparse y á preparar

semejantes sorpresas hasta las puertas de Smolensko ; pues el desastre de Wop habia hecho renunciar á la idea de marchar separados del emperador : tomaron aliento allí las tribus cosacas, las cuales envolvieron la division 14<sup>a</sup>. Cuando el príncipe Eugenio quiso desembarazarla, envarados sus soldados y oficiales con veinte grados de frio que el viento hacia mas crudo todavía, se quedaron tendidos sobre el rescoldo de sus lumbres. En vano se les hizo presente que sus camaradas estaban cercados, que se acercaba el enemigo, que finalmente se hallaban ellos mismos á tiro ya de la fusilería y de los cañones enemigos, pues se obstinaron en no levantarse, declarando que mas querian perecer que sobrellevar mas tan crueles males. Las centinelas mismas de caballería habian abandonado sus puestos. Consiguió sin embargo el príncipe Eugenio salvar su retaguardia.

Al volver con ella á Smolensko, sus soldados rezagados se habian reunido des-

trozados al cuerpo de Ney, y comunicaron á este su espanto : todos se precipitaron hácia el Dnieper, y se amontonaban en la entrada del puente sin pensar en defenderse, cuando un ataque del regimiento 4º contuvo al enemigo.

Su coronel, el joven Fezénzac, supo avivar á aquellos hombres medio tullidos de frio. Allí, como en cuanto es accion, se vió la superioridad de los efectos del ánimo sobre las sensaciones corporales, porque toda sensacion física movia á desanimarse y huir, la naturaleza lo aconsejaba imperiosamente; y sin embargo algunas palabras de honor bastaron para conseguir el mas heroico sacrificio. Los soldados del 4º regimiento, volaron como furiosos contra el enemigo, contra la montaña de nieve y hielo de que él era dueño, y contra el huracan septentrional, porque lo tenian todo contra sí. Ney mismo tuvo precision de temprarlos.

Una reconvencion de su coronel habia obrado semejante mudanza. Aquellos sol-

dados rasos, se sacrificaban para no faltarse á sí mismos, por un efecto de aquel instinto que exige valor en el hombre; ultimamente, en fuerza del hábito y amor de gloria, ¡ palabra bien resplandeciente para una tan humilde condicion! porque, ¿ qué es la gloria de un triste fusilero, que perece sin testigos y solo es alabado, censurado ó echado menos por una simple escuadra? Pero á cada uno le basta su esfera, y una corta asociacion encierra tantas pasiones como una crecida. Son diferentes las proporciones de los cuerpos, pero están formadas de unos mismos elementos : la misma vida los anima y las miradas de un peloton, estimulan tanto á unos soldados, como las de un egército enardecen á un general.